

## Vida anfibia

---

Más que los naufragos que somos, quisiéramos ser estilistas del trasbordo: del trasatlántico a la galera y de ésta a la patrullera o al catamarán; de la fragata al hidropedal y de éste al colchón neumático, al velero, a la patera incluso; del fuera borda al galeón o al mercante y de éste otra vez a la galera o al portaaviones. Todo menos el naufragio. Todo menos dejar de flotar.

Que nos arrastre la corriente, que nos dirijan el destino o que seamos nosotros los timoneles parece no tener importancia siempre y cuando no se ponga en entredicho nuestro modo de respirar, más o menos rítmico, de ida y vuelta, tradicional. Nada de extravagancias: ni respiración osmótica ni branquial ni asistida. Inspirar y espirar como toda la vida. Así que, fluidos los menos posibles, tan sólo alguna lubricación para gargantas o genitales, poca cosa.

Pero están ahí. Nos rodean por todos lados, los fluidos. Del agua corriente a la de manantial (y viceversa); del líquido cefalorraquídeo al ron de caña (o viceversa); del fluido eléctrico a los neurotransmisores (mejor viceversa); del sistema linfático a los flujos bursátiles (y/o viceversa, qué más da); del flujo de poblaciones al monetario (sólo viceversa). Fluidos por todos lados. Aunque también es cierto que unos más densos que otros: no es lo mismo beber ron que verse inmerso en un éxodo, ni ser pasto de la electrocución que invertir en una multinacional de refrescos.

De todos modos, esto de la inmersión siempre suena fatigoso, asfixiante. Artistas del trasbordo queremos ser y en ello estamos desde hace mucho tiempo. Al fin y al cabo, el trasbordo es un modo de tránsito superficial, sobre la inmensidad oceánica, que nos permite un deslizamiento bastante seguro. No está mal.

Perder la referencia del horizonte; desorientarse entre torbellinos o corrientes submarinas; atender sólo al balizamiento de los peces abisales; aguantar la respiración en la profundidad sin más ayuda que la voluntad o la suerte; alejarse de las costas prometedoras -en las que sabemos hay fareros traidores- y de las torres vigía en las que a menudo hay alguien que nos saluda con la mano aunque sea para despistarnos; renunciar al transporte convencional -a pesar de que merodean los piratas- o a las normas de navegación marítima aunque muchos usen banderas de conveniencia, es... otra cosa.

Pero no es bueno decir siempre que no. Allá abajo hay monstruos. Hay cadáveres de intrépidos navegantes que custodian, imperturbables, tesoros nunca más hallados. Hay vida salvaje e irreconocible. Hay anclas, vestigios de una vida prudente, y arpones

precipitados que no encontraron su Mobie Dick. Siempre hay zapatos. Y pecios en los que las profundidades han dado una mano de barniz vivo. Hay seres iluminados desde dentro de sus cuerpos. Y oscuridad. Y algún silencio. Están la locura de Ackab y algunos padres. Y pulpos gigantes que todo lo abrazan. Hay cuerpos de desaparecidos que nunca combatieron y fetos y las enseñanzas del coral y cantos de sirenas y...

Es otro mundo, pero está en éste. La inmersión siempre conlleva el riesgo de la narcosis, pero acaso ¿no estamos narcotizados por el polvo de la tierra firme? ¿no esnifamos diariamente las motas que adormecen nuestros sentidos?

¡Que la cianosis sobrevenida en las profundidades nos convierta en seres azules como el mar! ¡Que la narcosis abisal nos ilumine desde dentro! ¡Que el exceso de presión nos reviente las membranas y nuestros fluidos se confundan con la inmensidad oceánica! ¡Que el terror al silencio nos haga cantar con la boca llena de sal! ¡Que los ojos estallen y se conviertan en plancton que mira!... a veces, aunque sólo sea a veces, hay que hacerlo: una vida anfibia, una existencia de galápago que guarda en su caparazón la sabiduría de dos mundos y las notas tomadas en su longeva existencia. Anfibología del límite. Tensión superficial de una mar *no siempre* en calma. NO SIEMPRE.